

## OTEANDO EL FUTURO

David Ibarra  
11 de junio de 2009  
El Universal

La crisis financiera global ha puesto en entredicho al canon neoliberal y al orden económico internacional que, desde comienzos de los setentas sucedieran al acuerdo de Bretton Woods. No existe, sin embargo, consenso entre los gobiernos sobre los cambios que sobrevendrán o que habrían de implantarse para lograr la salida a la primera recesión económica de alcance universal.

Hay quienes ven el problema como un ciclo recesivo quizás más agudo, pero sin implicaciones que fueren al reemplazo de los paradigmas o poderes económicos dominantes. El sistema de mercado prevalecerá sin alteraciones sustantivas. Por supuesto, hay opiniones que postulan transformaciones mayores en los sistemas económicos y políticos del mundo. Los excesos y las inestabilidades de los mercados libres conducen a modificar los valores y las instituciones que definirán los sistemas de gobierno del futuro. Tales tesis reconocen que el neoliberalismo, junto a la volatilidad de los mercados, concentró los beneficios económicos en los estratos de alto ingreso e hizo del consumismo -con su secuela de sobreendeudamiento de familias y gobiernos- la fuente fundamental de un crecimiento disparejo e insostenible, aun entre los miembros del Primer Mundo.

En suma, siendo difícil anticipar con precisión el futuro, si se comparan las reglas del canon neoliberal con las políticas públicas de los países industrializados en respuesta a la crisis y se observa la traslación de los poderes económicos del mundo es posible inferir el sentido general de las mudanzas en gestación.

El criterio neoliberal de acotar al máximo el ámbito de acción económica de los estados, queda vulnerado por las políticas anti-crisis de múltiples gobiernos, sea para revitalizar la demanda, rescatar a instituciones financieras o

apoyar a grandes empresas en peligro de quiebra. Como consecuencia, la supuesta eficiencia de los mercados en comparación con el Estado quedó en entredicho y las fallas en vez de ser resueltas por los propios mercados, requieren de la intervención de los estados.

Ha sido rebasada la premisa neoliberal del equilibrio presupuestal no sólo para favorecer la estabilidad de precios, sino también para reducir la autonomía económica de los gobiernos y trasvasar el meollo de la administración macroeconómica a la política monetaria de bancos centrales independientes. Asimismo, se pasó por alto la nula capacidad regulatoria de las políticas monetarias cuando las tasas de interés alcanzan límites cercanos a cero sea para evitar la recesión o la deflación.

Los bancos centrales usaron inútilmente sus instrumentos ordinarios de acción frente a la crisis: redujeron las tasas de interés y pusieron a disposición del sector financiero liquidez acrecentada; aligeraron las regulaciones de elegibilidad al redescuento y de las garantías colaterales. Más aún, en contravención a los criterios de limitar el financiamiento a los gobiernos y de no hacer operaciones con negocios privados, esas instituciones echaron mano de medidas extraordinarias: adquieren acciones o partes sociales de empresas, compran deuda privada, toman instrumentos de deuda pública o inyectan recursos al rescate de negocios empresariales.

En suma, el Primer Mundo incorpora medidas monetarias heterodoxas, así como instrumentos keynesianos en contravención al monetarismo de pura cepa, venciendo, incluso, la repulsión a los presupuestos desequilibrados. Las previsiones del FMI, anticipan déficit presupuestal promedio de los países industrializados de casi el 9% de sus productos en 2009 (13.6% sólo en los Estados Unidos). El propio FMI recomienda a los gobiernos incrementar su gasto en 2% del producto, como medida indispensable a la recuperación de la demanda mundial.

La globalización con todos sus efectos positivos, ha traído consecuencias imprevistas. Una primera, consiste en alentar desequilibrios enormes en las corrientes del comercio entre países que se compensan con flujos financieros inversos, ambas insostenibles en el largo plazo. A su vez, la alta movilidad de la inversión y de los recursos financieros dieron enorme ventaja a las empresas y crearon el “outsourcing” global del empleo, una de las causas del retraimiento generalizado de los salarios respecto a las utilidades.

Alrededor de 2.7 miles de millones de personas viven con ingresos inferiores a dos dólares por día. Con diferencias entre los países, la desigualdad de ingresos se ha acrecentado en el mundo, aun entre los países industrializados. Dos tercios de los miembros de la OECD han visto acentuar sus disparidades distributivas, a paso y medida que ha caído la participación de los trabajadores en el producto. Los países emergentes más exitosos han reducido la pobreza, pero han visto recrudecerse en alto grado la desigualdad.

La tercera consecuencia de efectos a más largo plazo, se sintetiza en la reconfiguración de los centros de poder económicos del mundo. La matriz productiva del comercio exterior y de las finanzas se traslada de occidente a los países del este y sur de Asia. Ya en 2006, el valor agregado de China y La India rebasaba a los dos tercios de la economía norteamericana o al 70% de la zona del euro. Acaso, ya ha comenzado un proceso de traslado de la primacía económica hacia esos países, semejante a la que ocurrió en tiempos pasados entre Holanda e Inglaterra y después entre este último país y los Estados Unidos.

Las naciones del Primer Mundo abandonan el papel de proveedoras de ahorros a los países periféricos para facilitar su desarrollo y, a la vez, mantener la disciplina del orden económico internacional. Hoy parece prevalecer la situación inversa por cuanto es el ahorro de los países del Tercer Mundo, el que sostiene la inversión y el consumo de muchas naciones industrializadas. Y, sin embargo, ello no se refleja todavía en cambios de las posiciones directivas de los

organismos financieros multinacionales ni en la estructura del orden económico mundial.

No puede predecirse el término de la depresión mundial ni los cambios en normas e instituciones que sobrevendrán. Sin embargo, la dirección general de las mudanzas parece menos imprecisa. Sin duda, sufrirán alteraciones sustantivas los modelos de desarrollo tipificados sea por la división entre las funciones del Estado y del mercado, o por la inclinación de las políticas de desarrollo entre las exportaciones o el consumo interno. El Estado mínimo deja de ser aspiración viable o razonable en términos económicos y políticos, así como la confianza en la capacidad autocorrectiva de los mercados. A su vez, las experiencias exitosas de muchos países asiáticos quizás marcan el regreso de las políticas industriales. Todo ello, constituye el preámbulo de un nuevo acomodo entre sociedades y mercados que llevará consigo oleadas de innovación institucional.

El manejo macroeconómico de los gobiernos sufrirá por igual cambios de significación. El monetarismo habrá de reconocer limitaciones y abrir las puertas a la colaboración y hasta al predominio de las políticas fiscales, regulatorias e intervencionistas de los estados. No se abandonará la lucha por la estabilidad de precios, pero cobrarán estatura los objetivos del empleo o del crecimiento.

En una palabra, el péndulo histórico ha invertido su curso, la política gana algo del terreno que le habían arrebatado dictados económicos inapelables. Comienza el fin de la época de la desregulación y de la extrema libertad de los mercados; crece la convicción de que el crecimiento no tiene por qué ir acompañado de desigualdad o desempleo y que un Estado activista es condición ineludible a la estabilidad de las economías. En particular, el sector financiero quedará sujeto a normas, sea para moderar o evitar las burbujas de los activos, someter a escrutinio a la banca de inversión y los fondos de riesgo o frenar al apalancamiento excesivo de las instituciones financieras.

Habrá que esperar el impacto de la crisis y de sus remedios en el papel del sector bancario y financiero de las economías del Primer Mundo y el ritmo de su difusión internacional. Como mínimo, se atenuará la influencia de los fondos bancarios y de inversión en hacer de la maximización del “shareholder value”, el objetivo único de todas las empresas bajo su férula. Con alta probabilidad se reducirán los estipendios escandalosos de los altos mandos financieros y el libertinaje de los paraísos fiscales. De la misma manera, en el campo fiscal el péndulo se inclinará por acrecentar los tributos directos a los grupos adinerados, como de la compensación de los deterioros del gasto social o de los sistemas de pensiones. En el campo internacional acabaron por imponerse cambios al orden internacional con mayores ingredientes normativos y con participación ampliada de los países en desarrollo.

En materia política, será difícil que gobiernos democráticos sigan avalando la prolongación del proceso de concentración de ingresos, aunada a ciclos destructivos recurrentes. De ahí, la creciente inclinación de legislaturas y gobiernos por mejorar los instrumentos de protección a las poblaciones en desmedro de las soluciones puras de mercado.

Es posible que las medidas tomadas por la mayoría de las naciones industrializadas pronto hagan tocar fondo a la crisis global e incluso que pueda restablecer parcialmente el *status quo ante* del sector financiero. Aun así, la depresión será prolongada al depender de la reconstrucción pausada de instituciones y políticas públicas. Vivimos una inflexión histórica, un gatopardismo invertido, en que nada volverá a ser lo mismo, aunque se le parezca mucho.

